



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE OCTUBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## La Fe y su montaña

ALGUNA VEZ...  
OLGA DE LEÓN G.

Alguna vez, te has preguntado: ¿Qué hago aquí? Y, ¿miras a tu alrededor buscando una respuesta? No, no buscas respuesta, miras tratando de saber en dónde estás y qué estás haciendo allí, porque realmente no lo sabes, no reconoces el lugar.

Esa tarde, ya al declinar el día, cuando el sol está despidiéndose, María Fernanda elevó su rostro y con los ojos cerrados lanzó una plegaria al viento y espero en silencio por el llamado de los ángeles y arcángeles que brindarían por ella: ¿brindan los ángeles?

¿Quién sabe!, probablemente no, y menos por asuntos baladíes y tan singularmente personales. Pero ella así lo pensó. Y como dicen que la fe mueve montañas, a ella se le antojó moverlas. Como que por eso le gustan tanto las fábulas de Tito Monterroso, uno de esos hombres escritores que filosofó con sus estupidas fábulas.

Y metiendo la cuchara en este guiso, a mí me parece injusto que ya se haya muerto Monterroso: ¡debió ser eterno! (Como Juan Rulfo, o Edgar Allan Poe, o Cortázar... La lista puede ser casi infinita; mi paraíso está poblado de escritores, pintores y músicos, entre otros creadores).

En fin, la vida o el destino -no creo que Diosito sea tan caprichoso-, o ambos (vida y destino) nos deparan cada cosa, que no podríamos anticipar o prever. Por eso ahora que me encuentro en una encrucijada, quizás no como la de María Fernanda, pero sí bastante atravesada como una cruz, me inclino por la filosofía o por las paradojas, o las preguntas retóricas, que no les dirán mucho a otros, pero que a mí me divierte plantearlas:

¿Qué hago aquí y ahora? Bueno, ahora escribo o intento escribir un texto más o menos creativo y reflexivo... Sí, ya sé: volví a la broma, a la paradoja y el acertijo insulso con disfraz de que algo serio quiero decir, pero no acabo de decirlo. Creo que cuando parece que una no se toma muy en serio, es cuando más en serio está pensando. ¿Quién me dijo esto? Un sabio chino de la era de Confucio, que no corrió con la suerte de él para ser reconocido por cualquiera con dos centímetros de frente; pero sí era chino y sí fue un sabio, como que me llamo... ¿Cómo me llamo yo? No importa, puedo ser la sombra o el desdoblamiento literario de María Fernanda, eso no tiene la mínima importancia.

Lo que importa es que soy y existo, como diría más de un filósofo antiguo y renacentista... ¿Me siguen?, muy bien, vamos por el camino indicado, aunque no sea el correcto. ¿Qué es lo correcto, y qué no lo es? Inventiones de la ética y la moral, para mantenernos a raya o bajo su yugo; no lo creen así. Bueno, allá ustedes y sus conciencias. Perdón por el arrebatado, los que pensamos o creemos que lo hacemos, también tenemos sentimientos encontrados.

Pero, volviendo al camino recto, del que quizás no debí salirme, para que me entienda todo mundo y no solo los más avezados o avisados en esto de los cir-



culoquios y las paradojas, que tanto me gusta usar cuando escribo. Y, también cuando hablo o platico, lo sé, me conozco; que nadie pretenda descubrir el hilo rojo en mí: ¡por favor, no!

"Como decíamos ayer", para decirlo con Fray Luis de León, quien tenía la buena costumbre de iniciar sus clases resumiendo la anterior; y no hizo excepción tras varios años en prisión, al retornar a las aulas. Pues sí, ¿quién soy yo, para negarle a los ángeles y arcángeles el buen gusto por los brindis?, Y, qué hago aquí y ahora, además de tratar de escribir un texto al menos medianamente bueno para merecer que se le publique.

Por eso me pregunto, al ver que no me he olvidado de casi nada: "¿Qué hago enfrentando a la muerte en abogo por mi compañero de vida que me ha dado más amor y agradecimiento hoy, en la enfermedad, que en medio siglo de vida juntos". El amor cobra altura y nuestras charlas van de miradas que se cruzan y se entienden, a caricias en el rostro. ¿Qué hago aquí y ahora?... Doy fe de un testimonio que me trascenderá y aunque no deje huella, quedará cincelado en la mente y el corazón del hijo que me acompaña, "aquí y ahora".

Corolario:  
Ahora comprendo por qué y para qué estudié Filosofía. Y entiendo, en toda su magnitud, el impulso de mi maestro -Dr. Bucio- porque estudiara Filosofía y no Letras. Estoy en el lugar preciso y en la hora justa, "para ser y existir".

CUANDO UN HOMBRE...

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El párroco se acercó al lecho de muerte para escuchar con cuidado. Era una recámara amplia, con una cama matrimonial y dos individuales. Ahí dormía toda la familia. El otro cuarto del hogar era una sala amplia con una cocina en una esquina y junto a ella, una mesa redonda de madera negra, siempre lista para comer, con cinco sillas alrededor. Pegado a una pared había un tocador viejo de madera roída, con un amplio espejo que no regresaba una imagen nítida

a quien se mirara en él. Sobre el taburete del sillón junto a la cama, donde el sacerdote había tomado su lugar, se encontraban una biblia y un rosario de plástico, así como una atalaya de la misericordia. A los pies del enfermo había una estatua de la virgen con un santo devocional junto a ella. La mujer del hombre era creyente. Había acumulado aquellas imágenes comprándolas en tianguis de lo usado durante los últimos veinticinco años. A veces, de la Iglesia misma a la que acudía, que las ponía en venta a precios casi regalados cuando eran las pertenencias de algún sacerdote recién fallecido. La devoción de la mujer la hacía ir a misa de ocho de la mañana, todos los días; mientras que los sábados y domingos tomaba el camión hasta la catedral para escuchar la misa con coro y órgano. Ya había perdido la fe en todo, menos en Dios. Pero su esposo era reacio, no creía en nada de eso; aunque la respetaba con escepticismo. "Así es la mujer que elegí por compañera" y él, simplemente... no creía en Dios.

El sacerdote tomó asiento con su libro devocional y su rosario. Dijo algunas palabras al oído del hombre y se retiró un poco. "¿Hay manera de que pudiéramos tener algo de privacidad, doña?" La mujer se dirigió a la puerta de la casa y antes de cerrarla, giró su cuerpo para preguntarle al sacerdote: "¿Usted me avisa cuando pueda regresar, Padre?" "Yo le informo", respondió el de la sotana verde.

El joven sacerdote esperaba a que el viejo en cama dijera algo. Aguardaría cinco minutos. Si no se escuchaba nada salir de aquella boca enferma que tenía frente a sí, le ofrecería los Santos óleos y se retiraría. Mirando su reloj, pasaron siete minutos en silencio: se levantó de su lugar y oró en silencio. Comenzó su procedimiento. Al acabar, se posó en el sillón nuevamente. Sentía un cariño muy particular por aquella mujer. Rezó y rezó, hasta que escuchó un sonido que parecía provenir del más profundo dolor humano.

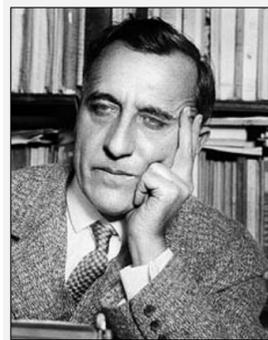
Se acercó al enfermo. Le cuchicheó al oído: "Está con Dios, don Ramiro, Él lo escucha". El viejo volvió a proferir un sonido que de lejos parecía una especie de queja, pero que ahí, junto a él, claramente se distinguía como una frase impregnada de dolor: "Alabado sea el Señor". El silencio se convirtió en ventisca helada dentro de aquella recámara y le recorrió la espalda al sacerdote, quien respondió: "Alabado sea".

El joven traga-años volvió a sentarse en la silla y dijo algunas palabras en voz baja. Cuando terminó, tomó sus cosas y se dirigió a la salida. Abrió la puerta de metal, la cual hizo un rechinido. "Ya puede entrar, doña". La mujer estaba en lágrimas. Se acercó a abrazar al párroco. "¿Se va a salvar, Padre?". "Pídale a Jesucristo, con fe". "Usted se parece a Jesucristo, los sacerdotes tienen el poder", dijo la mujer.

El muchacho respiró profundo y le respondió: "No olvide que al Jesucristo bíblico lo creó Dios en un proceso que duró varios siglos e involucró a muchas personas, algunas de las cuales entregaron su vida por ello; que a Jesús el Nazareno lo concibieron la Virgen María y el Espíritu Santo; y a mí me concibieron mis padres. Pero los tres, por increíble que parezca, aquí estamos, vivos".

"Es que mi marido no cree en eso de los Santos, ni los Profetas, ni en Jesucristo, ni Dios". El sacerdote cerró sus labios discretamente. Pensó y pensó, antes de decir palabra. Miró a la doña con compasión y soltó un suspiro profundo. Le colocó su brazo derecho sobre el hombro mostrándole su corazón y le dijo: "Cuando vea a un hombre de buena fe, sin fe: téngale respeto, porque podría ser uno de los preferidos del Señor. Ya que cuando una primera vida se ha perdido dramáticamente por esa misma fe, y se tiene una segunda oportunidad, es natural y comprensible que se crezca alejado de la fe".

El sacerdote miró la calle empapada, olorosa a tierra húmeda cercana y emprendió de prisa su camino de regreso.



Ramiro de Maeztu

(Vitoria, 1875 - Aravaca, 1936) Escritor español. Relacionado con la Generación del 98, su ideario inicialmente progresista desembocó en una defensa a ultranza del nacionalcatolicismo. De padre cubano, descendiente de vascos, y madre inglesa, pasó su juventud en París y luego en Cuba. De regreso a España en 1894, se dedicó al periodismo y mantuvo una fecunda relación con figuras de la Generación del 98 como Azorín y Pío Baroja.

En los artículos de su primera época, reunidos parcialmente en el volumen *Hacia otra España* (1899), Ramiro de Maeztu defendió con vehemencia tesis regeneracionistas influido por el individualismo de Nietzsche y por sus simpatías hacia el socialismo marxista. Asimismo, en la novela *La guerra del Transvaal* y los misterios de la banca de Londres (publicada por entregas en 1900-1901), opuso los anhelos de libertad y justicia de los colonos holandeses a la explotación británica.

De 1905 a 1919 permaneció como corresponsal en Londres, donde entró en contacto con la sociedad fabiana y escribió conferencias como "La revolución y los intelectuales" (1910). Durante la Primera Guerra Mundial apoyó a los aliados y su ideología experimentó un brusco cambio de orientación, expresado en *Authority, liberty and function in the light of the war* (1916), traducido con el título de *La crisis del humanismo* (1919).

En este libro lamenta la desaparición de los valores propios del Renacimiento y proclamó la necesidad de que los individuos se sometieran al poder, la verdad y la justicia. Estas tesis antiliberales y profundamente reaccionarias le valieron para ser nombrado embajador en Argentina (1928) durante la dictadura de Primo de Rivera. Su ensayo más importante desde un punto de vista literario es *Don Quijote, don Juan y la Celestina* (1926), en el que, partiendo de los personajes creados por Miguel de Cervantes, Tirso de Molina y Fernando de Rojas, examina el espíritu español.

Desde 1931 dirigió la revista *Acción Española*, órgano del partido derechista del mismo nombre, y publicó libros como *Defensa de la hispanidad* (1934), alegato en favor de la monarquía y la tradición católica. Miembro de la Real Academia Española en 1935, fue fusilado por los republicanos al comienzo de la Guerra Civil.

ad pèdem literae

El sabio no enseña con palabras, sino con actos.

Lao-tsé

Letras de buen humor

La guerra es el arte de destruir hombres, la política es el arte de engañarlos

Jean Le Rond D' Alembert

Elmer Mendoza

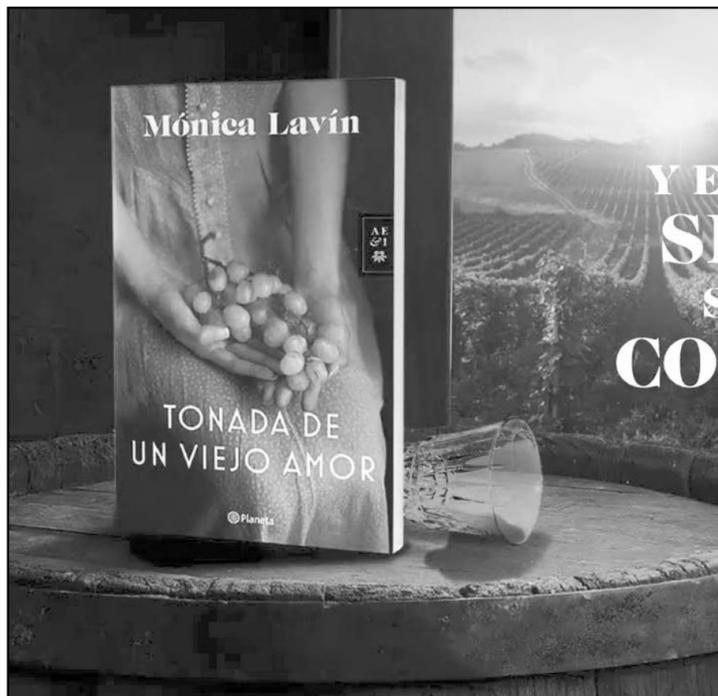
## Tonada de un viejo amor, de Mónica Lavín

Cuando se habla de la novela de amor mexicana poco se menciona *Tonada de un viejo amor*, de Mónica Lavín, vuelta a publicar por Planeta en México en julio 2023. Esta novela no es una variación sobre el mismo tema. Es una historia armoniosa que va del atrevimiento encantador de la seducción concertada, a la fuerza de un símbolo en un desnudo, pasando por un prolongado punto de quiebre donde pasado y presente se conjugan en un aquél donde una hermosa tonada saca chispas del aire enrarecido asentado en un pueblo del norte de México, donde "recordar siempre es insuficiente" y todos nacen con el futuro definido. Sí señor.

En San Lorenzo, "las pasiones tenían permiso", y tal fue el vínculo que generó el amor entre Cristina Velasco, una joven hermosa, de cuerpo perfecto, y su tío Carlos, mayor que ella y hermano de su padre. Los Velasco son los productores de vino más poderosos de la región. Su vida es la vid. Compiten en importancia con los Fonseca, de Bermejo, el pueblo vecino, productores de algodón. Olga, una Fonseca inteligente y poco agraciada, se prenda de Carlos desde jovencitos. El es guapo y muy calavera. Se conocen en la escuela. Cuando Carlos, un bebedor de whiskey, cuenta más de 30 y Cristina 18, hacen el amor en una covacha de la hacienda. Tremendo. Electrizante.

Ambos detectan el singular encanto de dos cuerpos que se sacian sin mayor esfuerzo. Ese descubrimiento los convierte en amantes y a partir de ese momento regula sus vidas. ¿Qué ocurre con la conducta disipada de Carlos?, ¿qué con las costumbres de una chica decente, bonita y casadera? La respuesta no está en el viento, sino en *Tonada de un viejo amor*, donde la música es parte del juego en un pueblo donde, "los ricos... de tanto haberlo sido, lo seguían siendo".

Es 1942, México participa en la segunda guerra mundial, pero en San Lorenzo eso no importa, aquí una pareja cabalga los jueves por las tardes por el campo y varios días, por la noche, en un cuarto de trebojes mejor que el de Lady Chatterley. ¿Le gusta la novela erótica? Ese género que apuesta a despertar sus deseos sexuales y lo induce a volver sobre sus pasos más significativos. Pues esta novela de Mónica Lavín le abrirá siete puertas donde hay dos que despiden aromas que le serán familiares. Mágico. Leer *Tonada de un viejo amor* lo pone a usted en el mundo. Si usted, mujer u hombre, piensa que ya cerró el capítulo erótico en su vida, Cristina, Carlos y Olga le demostrarán que está equivocada. El erotismo borra la edad y le traerá las mejores sorpresas de este año y el que sigue. "La voracidad sexual es una prueba de vida",



señala la autora, y es una invitación a reflexionar sobre nuestro papel en esta tierra donde todo es finito.

Mónica Lavín nació en la Ciudad de México y es una de las creadoras mexicanas más constantes. *Tonada de un viejo amor* es una novela breve, pero no la lea de una vez. Vaya despacio, sírvase vino, como los personajes, escancie la noche sin estrellas, ponga nombre a las chispas de su cuer-

po, escuche música y observe su grandeza. Todo es suyo, empezando por lo que es usted. Ese aleto que escucha, no es un sueño, señora, señor, es su corazón que se abre paso hacia el deseo. Lo que suceda cuando lean esta novela, no tendrán que contarla, ¿para qué? Tristes los que no aman sus cuerpos. Les mando un saludo caluroso desde una ciudad húmeda y vapuleada por un ciclón artero.